



Universidad Autónoma
del Estado de México

POZOLILLO DE CHAPULÍN



Karen Fabiola Santillán Márquez

Jesús Eduardo Solache Martínez • Ilustración



POZOLILLO
DE
CHAPULÍN

Primera edición, septiembre 2020

Pozolillo de chapulín

Karen Fabiola Santillán Márquez

Mención Honorífica del Séptimo Concurso de Cuento Infantil

Jesús Eduardo Solache Martínez (Edusolh)

Ilustración

Javier de Jesús López Castañares

Coordinador de la edición

Universidad Autónoma del Estado de México


Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

 Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-199-6

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy

Diseño: Mayra Flores Mercado

Diseño de portada: Mayra Flores Mercado



POZOLILLO DE CHAPULÍN

Karen Fabiola Santillán Márquez

Jesús Eduardo Solache Martínez

Ilustración



Universidad Autónoma
del Estado de México



DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Educación
Alfredo Barrera Baca
Rector

Doctor en Artes
José Edgar Miranda Ortiz
Secretario de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge E. Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

**Séptimo Concurso de Cuento Infantil
del Centro de Actividades Culturales (CeAC)**

Director del Centro de Actividades Culturales
Javier de Jesús López Castañares

Comité Organizador 2020
Javier de Jesús López Castañares
José Roberto Anaya López
Jesús Eduardo Garduño Espinosa

Jurado del Séptimo Concurso de Cuento Infantil
Marlene Pasini
Paloma Cuevas Ramos
Andrés Bustamante Ortiz



Todo a mi alrededor es tu luz
Dedicado a Manuel Alejandro Mendoza Chávez



Se cuenta que en un pueblo de este país, ubicado justo a las faldas de un cerro que está quién sabe dónde, olvidado en el tiempo, se mantenían tradiciones y costumbres de hace muchos años. Muy a pesar de no llevar lazos sanguíneos todos, eran una gran familia llena de hermanos y hermanas, hijos de los cielos. Se llegó a saber en pueblos aledaños y lugares lejanos que en este pueblo existió una receta hecha con **chapulines** que una madre desesperada suplicó como milagro y heredó a sus hijos, a su familia y a su gente.



El **líder** del pequeño pueblo, un buen hombre ya algo mayor, rudo en apariencia, pero justo de corazón, reunió a su gente para decirles que las lluvias adelantadas habían arruinado la siembra de maíz y otras verduras, destinadas para comer e intercambiar por otras cosas en el siguiente y más grande pueblo.

Este intercambio era de algunos **elotes** por **chiles** de diferentes tamaños que encerraban el fuego del sabor, **cebollas** que sacaban la tristeza del alma, dulces de **chocolate** para deshacerse de la congoja, así como algún pobre **guajolote** destinado a terminar con sus patas hacia el cielo, sacrificando su vida por la conservación de la especie humana. Muchas cosas dependían de esa siembra que ya estaba perdida.

Entre todos cosecharon lo poco que pudieron, buscando entre ramas y arbustos el resultado de alguna semilla despistada que hubiera dado su fruto en un lugar lejano a las demás, mientras rezaban a la tierra con el último suspiro del atardecer, llenos de tierra en las manos y sudor en sus frentes, justo antes de que las grandes lluvias nocturnas aparecieran nuevamente. Juntaron algunos **elotes**, llenaron sus morrales y decidieron ir a intercambiarlos por lo que fuera al siguiente pueblo.



Tomó el líder a los hombres más fuertes para que fueran con él, pues así protegerían lo poco que llevaban y lo poco que traerían. No podía arriesgarse a que algún ladrón se llevara el sustento de su familia. Él consideraba que cada miembro era valioso e indispensable para todos. Así que lo mejor era que quienes podían pelear fueran a proteger y los más hábiles podrían ayudar a cuidar a la familia de diferentes maneras.

Todos ya sabían que los viajes eran de tres días de ida y tres días de vuelta, pues sólo tenían una vieja y triste mula que, a pesar de ser lenta, era respetada y mimada por todos; era la misma que llevaba y traía. Para cuando partía el líder y los hombres, su mujer se acercó a él y le suplicó le dejara un morral con elotes, pues algo debían comer todos mientras ellos iban por más.





Esta misma **mujer**, esposa, eterna compañera y gran amor, era algo más baja que él, pero con un cuerpo fuerte y saludable. Ella había recibido la bendición de hacer rica comida y buenos remedios, lo cual era reconocido por todos, pero sobre todo por él.

El **hombre** comprensivo le dio el morral, y recibió el beso que pactaba un ansiado regreso. Cuando se perdieron de la vista de los habitantes del pueblo, todos se juntaron afuera de la casa de la **mujer** para discutir cómo se repartirían los **elotes**.



A primera hora del día siguiente, mientras todos corrían a las tierras a buscar el encargo, ella fue a ver a la **mujer** más vieja del pueblo, ésta vivía en la choza más céntrica, de las primeras, pues el resto de las personas fueron construyendo las suyas alrededor de esta misma.

Ella, sabiamente dijo que debían esperar y volver a las tierras a buscar más **elotes** o cualquier alimento que hubiera podido pasar inadvertido de alguna mirada cansada o de los efectos de la poca luz provocada por el atardecer.

La **mujer** entró tranquilamente, cuidando de no importunar a quien era llamada “La **Madre del Pueblo**”, quien estaba sentada en una silla de madera, frente a una ventana con bejucos que daba una hermosa vista a los cielos con sus nubes aborregadas y un fondo azul profundo como en pocos lugares del mundo puede verse. Cuando estuvo frente a ella, agachó su cabeza y se arrodilló ante a la sabia **mujer**.

—**Madre** del Pueblo, aconséjeme qué hacer. Mis hijos y mi gente tienen hambre, la comida no alcanza ni para los niños, los abuelos están débiles, mis hermanas embarazadas necesitan comer bien para los nuevos hijos del pueblo y los cielos no son piadosos, pues las lluvias continúan, comienza a sentirse el frío y no tardan todos en enfermar. Usted mejor que cualquiera sabe que sólo deseo proteger a mi gente, mi familia. **Madre**, ayúdeme.




La **mujer** más vieja del pueblo no dijo ni una palabra, pues en su garganta se ahogaba el despiadado grito de la edad y el tiempo. Pero la buena voluntad de todo su corazón y por amor a su familia, estiró con grandes esfuerzos su brazo viejo y cansado, y señaló hacia lo más alto del cerro, con sus dedos marcados por los años laborados en nombre del amor por su gente. La joven mujer miró buscando el sitio hacia donde la **Madre** señalaba, con un poco de atención comprendió el mensaje y sonrió con gran alivio.





Procedió a hacer una reverencia hacia la **Madre**, posando sus manos sobre el suelo e inclinándose completamente sobre sus rodillas. Sintió la tierra entre sus dedos, misma que había sido testigo de las decenas de veces que ella pedía y agradecía, y oraba a los cielos por la salud de la **Madre**. Agradeció enardecidamente y se despidió para poder comenzar el cometido de alimentar a toda su familia.

Apresurada, la esposa del **líder** del pueblo tomó los **elotes** y los enterró bajo las piedras, para no despertar la codicia y la envidia de los más débiles de mente y corazón, que podrían verse cegados por el hambre y la desesperación de saciar sus necesidades durante su ausencia. Tomó su rebozo, una vara como bastón y se echó a andar.



Subió y subió más. Caminó por algunas horas entre yerba de todos los tamaños y colores, descubriendo un abanico de tonos verdes tan hermosos, que pocas personas podrían ver, dio un paso tras otro hasta llegar a la cima del verde cerro.

El cansancio le había llegado encima como el peso del mismo mundo. Pero en lugar de agüitarse procedió a suplicar a los cielos le dieran tregua. Suplicó varias veces, en todos los tonos y maneras entendidas y por entender. Susurró, pregonó y gritó hasta perder casi por completo la voz.


—¡Ah jijo, qué cielo más cruel!
Me quita lo poco que tenía y
encima no me ayuda.

Pasó pues, que el cielo le respondió,
pero con tremendo trueno cerca
del cerro. Seguido de éste,
llegó más lluvia que empapó
a la desdichada **mujer**.

Hecha ya una sopa, se sentó
sobre una piedra. Suspiró
hondamente. ¡Qué podría
ser de su gente, su familia!

Todos necesitaban comer. Para
ella, el que su familia tuviera algo
en la panza era la muestra más fuerte
de su amor por ellos, su manera de
protegerlos, pues si hubieran comido
bien podrían resistir cualquier cosa. Se
decidió a que se comerían el cerro mismo
a mordidas, incluyendo la yerba, las flores,
los árboles y, si era necesario, las piedras
mismas. Pero nadie traería la panza vacía.



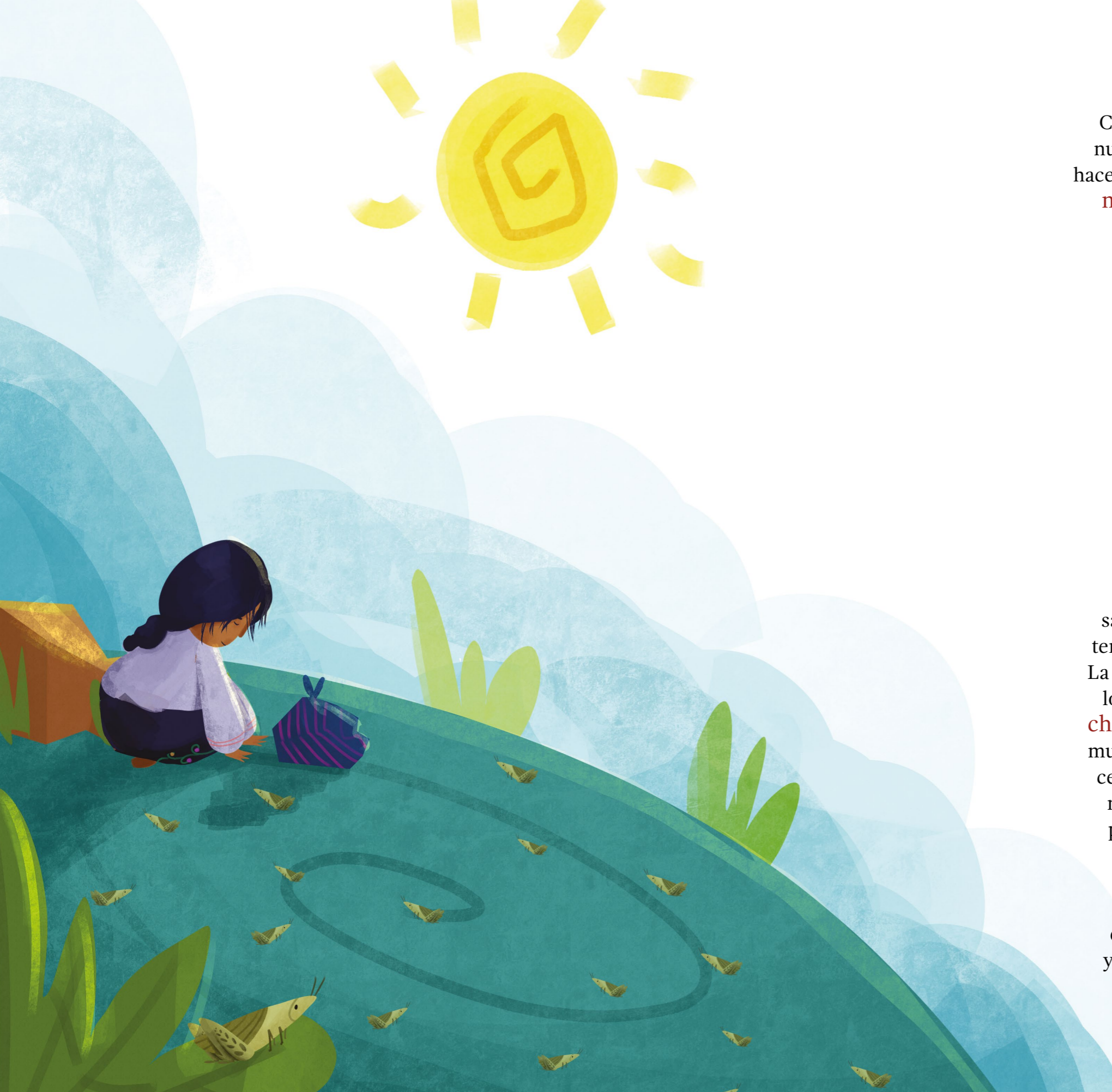


Por lo pronto,
permaneció sentada sobre
esa piedra, dejando que la lluvia
lavara las penas de su corazón lleno
de devoción por su familia. Durante
toda la noche se quedó allí, inmóvil.

Se asomó el primer rayito de luz del sol, trasito
de unas montañas. La **mujer**, al sentir la caricia
del calor en su cara, pensó que sería mejor volver a
su casa a ver a sus retoños y pensar más despacio
cómo alimentar a todo ese gentío. Se paró de
un jalón y antes de dar el primer paso, justo
a ladito de sus pies, pudo ver algo.

Ese rayito de sol de origen lejano iluminó también a un desdichado **chapulín**. La **mujer** entendió la señal; quitándose el aún mojado rebozo, con su bastón y una vara más, improvisó una especie de red para atraparlo.

Para su sorpresa, todo el pasto crecido por el que ella se había visto hipnotizada por su belleza, mientras había subido el cerro, estaba lleno de **chapulines** que habían salido en busca de las gotitas frescas de rocío. Caminó entre el pasto, de un lado a otro, durante largo rato hasta juntar varios, muchos, hartos.



Con su rebozo lleno y con un gran nudo, se arrodilló nuevamente para hacer una reverencia a los cielos. Bajó la **mujer** del cerro, bien agradecida.

Todos en el pueblo estaban reunidos afuera de su casa, esperando indicaciones y llevando lo encargado.

Los más pequeños encontraron un poco más de **elotes**, jitomatitos y algunas yerbas. El menor de los niños atrapó una lagartija con un color verde esmeralda, pero no quería que fuera comida, pues ésta sería una nueva integrante de la familia. Unas mujeres sacaron algunos condimentos que tenían guardados quién sabe dónde. La **mujer** juntó todo lo que llevaron: los **elotes**, jitomates, yerbas y los **chapulines**. Mandó traer a las puras mujeres a desgranar los **elotes**, picar cebolla y limpiar ajos; los jóvenes y niños juntaron piedras, madera y prendieron la lumbre; las abuelas limpiaban los **chapulines** y escogían los condimentos; mientras las muchachitas se encargaban de moler el jitomate y los chiles en un gran molcajete.

Cuando todo estaba listo para ser cocinado, la **mujer** pidió a todos que se reunieran junto al fuego y mostraran sus respetos al cielo, pues su benevolencia había hecho que pudieran comer. Mientras ella cocinaba, en su mente mantenía la entusiasta idea de que todo lo que habían puesto en esa enorme olla de barro alcanzaría para todos.

Pasaron un par de horas y estuvo listo el intrigante platillo. Ella explicó que había preparado “**Pozolillo de chapulín**”. Este mismo surge del antojo de comer pozole, pero al no tener el maíz indicado para esa receta, se cambia el maíz cacahuazintle por los granos de un buen **elote**, y la carne de cerdo por los **chapulines**.





Todos, dudosos, probaron el platillo, quedando fascinados al instante. Algo calentito llenó sus tripas vacías y calmó sus ánimos acongojados.

La **mujer** ordenó que cada día, antes del amanecer, al menos diez personas subieran al cerro a cazar **chapulines** mientras su marido volvía, y sin olvidar que después de recogerlos debían hacer una reverencia a los cielos.

Se prepararían de diferentes maneras esos **chapulines**: algunos con caldillo de jitomate y cebolla, otros en tacos con aguacate, y lo que quedara, tostaditos con sal. Con mucha suerte algunas yerbas fueron transformadas en té, que fue disfrutado por todos.

Pasaron los días restantes, y en cada uno había un platillo nuevo por probar, así como la urgencia de ver volver a los hombres que habían partido. A su regreso al pueblo, el angustiado marido esperaba encontrar a su gente desfallecida de hambre. ¡Cuál fue su asombro al ver a los niños dando lata, a los ancianos muy animados, a las mujeres contentas, relucientes y ansiosas de sus maridos! Nadie se enfermó ni bajó un solo gramo desde que comían el **pozolillo de chapulín** y todos los demás platillos variantes de este pequeño bicho bendito.

Los hombres, curiosos, probaron el festín hecho por su familia, misma que los había estado esperando con muchas ansias. Con cada bocado, sus corazones se llenaban de la paz que sólo un buen hogar puede dar. Todos los días de viaje, el calor, el frío, los vientos, la lluvia e incertidumbre habían valido la pena. Habían conseguido cambiar lo poco que llevaban por varios tipos de verduras y frutas, como quelites, verdolagas, calabazas, ciruelas, pepinos y aguacates. Algunas semillas como arroz, frijoles y garbanzos y, claro, no faltó el hábil que había logrado cazar un conejo cuando volvían.



Se cuenta por allí que el **chapulín** tiene más vitaminas y proteínas que la carne; las madres gritan pidiendo ayuda y un milagro para cuidar a sus familias; el amor y la unión entre sus miembros los mantiene a todos vivos y sanos; las lluvias que mandan los cielos son para sacar a los **chapulines** y darlos a su gente para poder cazarlos y comerlos, así como para provocar dificultades que muestren lo mejor de una buena familia.

Además, se dice que esta historia la cuenta una **mujer** ya muy vieja, con toda la edad del mundo, que antes no podía hablar ni caminar; comió el plato y recobró las fuerzas para salir de su choza, para así poder alegrar a su familia con hermosas historias y grandes consejos. Cuando se topa con viajeros y jóvenes que llevan en su cara la pena y la congoja, les da la receta, ay nomás pa' cuando se les ofrezca.



Karen Fabiola Santillán Márquez








Nació en Ecatepec de Morelos (1994). Pasó su infancia y adolescencia en Cuautla, Morelos. A los dieciocho años volvió al Estado de México, donde reside hasta el día de hoy. Actualmente divide su tiempo entre la crianza de sus dos hijos, el estudio de Comercio Internacional en el Instituto Politécnico Nacional, y la publicación de sus escritos y pensamientos en su página de Facebook “La hija del patriarcado”.



Jesús Eduardo Solache Martínez (Edusolh)

Ilustrador y animador, egresado de la Facultad de Artes de la UAEM en 2019. Ha participado en varios proyectos de su universidad, así como de tipo internacional como Intac 2019 en Toronto, Canadá. Su rama principal de trabajo es la ilustración infantil a través de elementos visuales de su localidad.



-  Para leer en Navidad
-  Para leer fuera de Navidad
-  Acompañar con un vaso de leche
-  Para leer en el auto de papá
-  Para leer en el auto de mamá
-  Para leer solo y esperando
-  Para leer antes de dormir



SDC